

## **Politética del Psicoanálisis: no hay ética sin política**

Mauricio Eugenio Maliska

Maiêutica Florianópolis – Instituição Psicanalítica

Una idea que podemos inferir del *Seminario de Ética* es que Lacan está en la búsqueda de una ética del psicoanálisis, que no es lo mismo decir una ética para el psicoanálisis, ni una ética en el psicoanálisis. Nos parece que decir una ética del psicoanálisis implica preguntarse: ¿qué es la ética del psicoanálisis? Para ello, el autor hace un recorrido que parte de la idea del bien o soberano bien en Aristóteles (2021), en tanto trata al bien como una virtud en su *Ética a Nicómaco*. Esta búsqueda de la ética lleva a Lacan a preguntarse por la búsqueda del bien, ese elemento tan buscado y no encontrado. En un texto que dialoga con el *Seminario 7, Kant con Sade*, Lacan (1998) se apoya en Kant para mostrar que *das Gute* (el Bien) es ese elemento que guiaría el movimiento de la sociedad en que el sujeto se dirige hacia el bien. La perspectiva kantiana apunta al bien como valor universal, exento de todo objeto, pues para Kant el objeto está ligado a lo patológico y el bien estaría por encima de eso. Esta búsqueda del bien, ya sea en Kant como imperativo categórico, ya sea en Aristóteles a través del soberano bien, deseado como virtud, lleva Lacan a volver al *das Ding* freudiano, pues la cosa buscada se encuentra sin ser alcanzada.

*Das Ding* entra en el *Seminario 7* como ese elemento en el que la cosa es lo innombrable, aquello que no se sabe bien qué es y que la búsqueda de la cosa se hace por la búsqueda misma y no por lo efectivamente encontrado, ya que nunca se encuentra. Lacan dirá que el *das Ding* es otra cosa, no es un significante (representante de la representación), es la cosa a nivel inconsciente. “La cosa de hecho es nada” (Safouan, 2006, p. 114). Vladimir Safatle (2006, p. 155) señala que para Lacan, el kantiano *das Gute* y el freudiano *das Ding* son categorías simétricas, es decir, en Kant nunca se alcanza el bien buscado, en Lacan la cosa es algo que es buscado sin nunca encontrar. Para Safatle (2006, p. 155), Lacan promovió una cierta sustitución de la noción de *das Ding* por el *objeto a*, manteniendo esta característica

de inalcanzable, esta noción de objeto inaprehensible. Como dice Moustapha Safouan (2006, p. 114): “lo que el hombre busca es lo que encuentra sin alcanzar”.

Si el *das Gute* en Kant es el bien como deber, se ubica en el campo de las normas, en el campo de la moral, de la obligación prescriptiva y normativa, como imperativo categórico. La ética que Lacan intenta desarrollar a lo largo del *Seminario 7* es una ética del devenir, del devenir como cambio, como hacerse... Es lo que Lacan señala con el aforismo freudiano: “*Wo es war, soll ich werden* / allí donde estaba el eso, yo debo venir”, así que donde estaba *eso*, *yo* como sujeto del inconsciente, no como un *ego* – este elemento imaginario, pero como este sujeto, debo venir allí donde estaba *eso*. El devenir está conectado con la constitución del sujeto en tanto que un sujeto deviene allí, pero también con el efecto del análisis, porque lo que se espera en el análisis es que el sujeto pueda llegar a ser, pueda convertirse en algo otro, diferente del “*Tú eres...*”, lo que constituye el sujeto como significante maestro. Ese significante amo que subordina al sujeto y lo coloca en una posición de esclavo, en una posición de obediencia en la que el deber toma el relevo, puesto que el deber se correlaciona con el mando, con el imperativo, con ese amo hegeliano que, en su etimología, se remonta a *Dominus*, un maestro que esclaviza al sujeto y éste se hace esclavizar por el amo. Algo bien diferente es el maestro en la concepción aristotélica, en la que el maestro está ligado al *Magister*, es decir, ese maestro que articula el saber y lo transmite, por eso mismo este término da lugar a palabras como magisterio/ *magisterium*. Es un maestro, pero no un amo, no el que esclaviza y dicta obligaciones, sino el que logra articular el saber, transmitirlo, producir alguna movilización del deseo en el sujeto.

El análisis, entonces, es la posibilidad de liberarse del amo dominador y poder reconocer a otro maestro, el que enseña, el que articula con el saber, el que da posibilidades para que el sujeto avance a su manera y a su tiempo. Entre otras cosas, el análisis es la posibilidad de salir del elemento patológico del dolor, que Lacan (1998, p. 785) señala como fisiológicamente mayor que el placer, algo que nuestros poetas brasileños Tom Jobim y Vinicius de Moraes ya sabían y podían cantar en el canto de la *Felicidade*: “La tristeza no tiene fin, la felicidad sí...”. El análisis es la posibilidad de

invertir esta ecuación, no precisamente hacer que la felicidad nunca acabe y la tristeza sí, sino poder hacer que el hombre busque en su fin la felicidad, como señaló Lacan (1997, p. 23) en el *Seminario 7*. No es precisamente una felicidad ingenua o romantizada, pero felicidad en su relación con *Tykhe*, con ese encuentro con el real, que a través del análisis puede generar el efecto de un buen encuentro. Una *bonheur* (felicidad), como se dice en francés, recordando que este término proviene de *bonne heure* (buena hora). O sea, la felicidad es un encuentro con *Tykhe*, un encuentro con la diosa de la fortuna, del azar, un buen encuentro, inesperado, allí podría haber felicidad. ¿No será uno de los efectos del análisis, que el sujeto pueda entregarse más fácilmente a este *Tykhe*, a estos encuentros no programados, insólitos, en los que algo de lo real puede aportar cierta felicidad? ¿No sería ese un efecto feliz del análisis, el neurótico poder salir de sus programas obsesivos para encontrar el azar de lo real y eso le produciría felicidad? Parece que esto también podría poner en marcha otra relación con el goce, distinta de esa postura reivindicativa del derecho al goce, el sujeto puede darse cuenta de que el campo del derecho a algo es ya el campo del goce. ¿Podría el análisis modificar esta reivindicación de derechos y hacer que el goce pueda estar asociado a otra cosa, algo que sea más productivo en la vida del sujeto?

La ética del psicoanálisis, presente en estos efectos de análisis, sólo podrá producir estos efectos de felicidad, por ejemplo, si se constituye en torno a un vacío, el vacío del vaso que se hace con un agujero. Y el vaso es la cosa, ese agujero que instala el vacío. La ética es el arte del trabajo analítico, un trabajo que implica poder lidiar con el vacío sin angustiarse, poder articular algo en ese vacío más allá del goce, algo que toque el deseo mismo. Para Lacan, la dimensión del bien constituye un poderoso muro en el camino de nuestro deseo, por lo que es necesario atravesar el muro para acceder al deseo. Por eso mismo Lacan dirá que la ética del psicoanálisis está más allá del bien, es una ética del deseo.

Antígona aparece como ese personaje que no cede a su deseo, como el que se enfrenta a los gobernantes de la ciudad, completamente intrépido como un ser para la muerte, en el que la heroína se destaca por no haber cedido a su deseo, porque “la

única cosa de la que se puede ser culpable es de haber cedido en su deseo”, dice Lacan (1997, p. 385).

Si concluimos con Lacan que la ética del psicoanálisis es la ética del deseo, entonces tenemos una ética de la falta, en la que se toma como elemento central la castración. En el centro de esta ética hay una falta que moviliza al sujeto. La ética del deseo no significa que el sujeto pueda hacer lo que quiera, sino que puede hacer lo que no quiere, lo que evita a toda costa, que es el encuentro con su propia falta. Se establece una falta porque hay interdicción del bien soberano que es la madre.

Decir que la ética es un principio es algo totalmente diferente de la moral como conjunto de reglas de conducta o código. La moral se instala en el deber, en la inspección, en la obligación prescriptiva y normativa. La moral está en el fundamento de un imperativo categórico articulado con la culpa. La ética, en cambio, es un principio, la ética del deseo es, como hemos visto, un devenir, un devenir en el que no hay prescripción, normalización, sino una transformación que se produce en el seno del análisis.

Siendo la ética un principio, mucho más allá del *Ethos*, es también este elemento intangible, impracticable en la práctica del psicoanálisis, ya que la ética del psicoanálisis no se restringe a un manual de normas y conductas o códigos de ética con cien reglas. La ética del psicoanálisis se sitúa en la imposibilidad de esta práctica, recordando las tres prácticas que Freud consideraba imposibles: educar, gobernar, psicoanalizar. Hay una imposibilidad de la práctica y de la ética psicoanalítica, por lo que la ética se situaría en un registro real de la experiencia psíquica, en cuanto se muestra inaccesible, imposible como característica fundamental del real.

Si la ética, en la práctica, es imposible, sólo podemos hacerla posible a través del acto, en este sentido el acto analítico es un acto político en la medida en que tiene efectos sobre quien habla y para quien habla. El acto analítico es político por engendrar un efecto del uno sobre el otro, así, es sólo en la dimensión del acto que la ética puede ser atrapada, aunque sea por las puntas de un real que no se deja simbolizar. El acto analítico y político es la única posibilidad de un ejercicio ético, en el que se busca la ética sin alcanzarla jamás. Pero si no se logra la ética misma, el acto

analítico/político es la forma de este ejercicio ético, en cuanto produce un efecto sobre el sujeto y el otro, y este efecto sobre el otro es un efecto político, porque está en el relación, está también en la *polis*, mediando relaciones con la ciudad, con los interlocutores, con los escenarios y personajes, etc.

De esta forma, la ética sólo puede ser alcanzada a través de la política, ya que la política es la posibilidad de materializar la ética, por eso denominamos a nuestro texto *Politética del Psicoanálisis*, es decir, no hay ética sin política, y esta es la posibilidad de la primera. La política es hacer, es la materialización de esa abstracción llamada ética. Para el psicoanálisis también podemos considerar que no hay clínica sin ética, una ética del bien decir, que no es lo mismo que decir el bien, sino de un bien decir que se concreta en un acto, es la palabra en acto. Si el deseo del analista no es más que su interpretación, como lo plantea Lacan (1997, p. 10), del mismo modo podemos decir que la ética no es más que el acto analítico/político, por lo tanto un acto *anapolítico*. El acto marca el lugar donde la ética se va a realizar, una ética de la elección, del bien dicer, de la posición del analista.

Esto es lo que hace del psicoanálisis una ética sin obligación. El psicoanálisis ha señalado algo más allá del sentimiento de obligación y la omnipotencia de la culpa. Se trata pues de una ética en la que la elección se realiza como elemento principal del deseo. Esta elección que años más tarde Lacan (2007) puntuará como *Haeresis*, es decir, la buena elección, que no es cualquier elección. En este punto, la elección es un acto político, que no es simplemente una opción elegida entre muchas otras, sino la única posible según el deseo que habita en el sujeto.

## Referencias

Aristóteles. *Ética à Nicômaco*. Jandira-SP: Principis, 2021.

Lacan, J. *O Seminário, livro 7: a ética da psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 1997.

Lacan, J. Kant com Sade. In: *Escritos*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 1998.

Lacan, J. *O Seminário, livro 23: o Sinthoma*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 2007.

Safatle, V. *A paixão do negativo*: Lacan e a dialética. São Paulo; Editora Unesp, 2006.

Safouan, M. *Lacaniana I*: os seminários de Jacques Lacan 1953-1963. Rio de Janeiro: Cia de Freud, 2006.